

de 1007, y que se componía tan sólo de 160 hombres, á muchos de los cuales acompañaban sus mujeres. Púsose Thorsfinn al frente de la expedición, reservándose el mando de la escuadra, la cual se componía de tres barcos cargados de todo género de provisiones, como asimismo muy bien surtidos de animales domésticos.

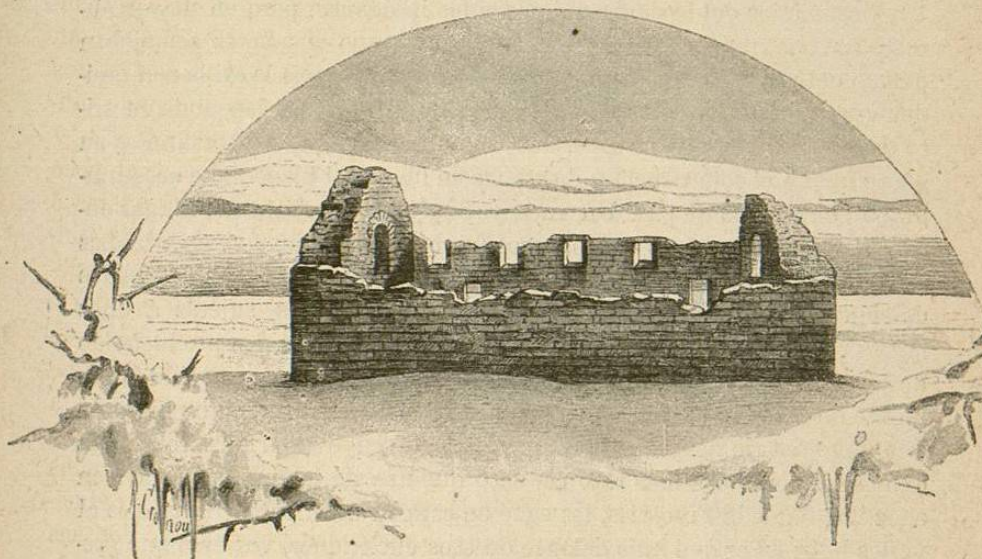
Después de algunos días de navegación arribaron con toda felicidad á Helulandia, donde vieron gran número de zorros. Posteriormente llegaron á las costas de Marklandia, y por fin á Kialames, donde desembarcaron, y desde cuyo punto enviaron á dos andarines escoceses que en otro tiempo había regalado á Leif el rey de Noruega, Olaf Trygvason, y que eran sumamente célebres por su ligereza, para que recorriesen el país. Estos emprendieron su excursión, volviendo á los tres días y conduciendo muchos racimos de uvas y gran número de espigas de trigo silvestre.

Los expedicionarios prosiguieron después de esto su viaje, y al poco tiempo encontraron otra isla, en la que había tal cantidad de éideres ó sea la especie de ánades que da el plumón para los edredones, que con dificultad podía caminar sin pisar los huevos de sus nidos. A esta isla puso nombre Straumey, y á la bahía en que se hallaba Straumfjord. En aquel paraje pasaron los normandos el invierno; y con el objeto de reconocer detalladamente los alrededores, uno de los hombres de Thorsfinn, llamado Thorhall, en compañía de otros ocho individuos, hízose á la mar para costear Furdustrandir y Kialames; pero viéronse tan combatidos por los huracanes y tempestades del Oeste, que fueron arrastrados por las aguas hasta la costa de Irlanda, donde fueron apresados y reducidos á esclavitud. Thorsfinn Karlsefni, por el contrario, continuó con sus gentes hacia el Sur hasta llegar á un río que, saliendo de un lago, se dirigía directamente al mar, donde desembocaba. Frente al desagüe del río hallaron algunas islas bastante grandes, y navegando río arriba llegó Thorsfinn con su tripulación hasta el lago, viendo que las llanuras que á su alrededor ofrecía éste se hallaban cubiertas de trigo silvestre y todas las colinas coronadas de vid. En los arroyos encontraron asombrosa cantidad de peces y por entre el bosque corría todo género de caza. En atención á tan excelentes condiciones decidieron invernar allí, y al efecto construyeron una granja en la misma orilla del río. El invierno fué por demás benigno, no nevó nada, y por lo tanto los ganados que llevaban pudieron permanecer de continuo en las praderas, donde tenían abundantísimos pastos.

Aquella vida tranquila y confiada fué bruscamente interrumpida por la aparición repentina de los indígenas. Una mañana divisaron los normandos gran número de botes construídos con pieles que surcaban las aguas. Los hombres que los tripulaban y conducían eran de color atezado, de aspecto avieso, cabellos crespos y erizados, ojos grandes y pómulos

prominentes. A las señales que los normandos les hicieron remaron hacia ellos los salvajes, quedáronse contemplando embobados á los extranjeros y con el mayor asombro se admiraban de cuanto veían, alejándose con sus botes al cabo de un rato.

En la primavera del año de 1008 volvieron á presentarse, pero esta vez en número tan crecido que producían el mismo efecto que si las aguas de la bahía se hallasen totalmente cuajadas de grandes carbones flotantes. Poco á poco fueron acercándose á los normandos, por medio de sig-



Ruinas de la iglesia de Kakortok (dibujo original de R. Cronau)

nos se entendieron unos y otros, y al poco tiempo ya se habían establecido relaciones comerciales entre una y otra parte.

Los indígenas demostraban su preferencia á las telas de colores chillones, sobre todos el encarnado vivo, por cuya clase de tejidos daban toda especie de pieles, hasta el punto de dar por un pedazo de tela del color dicho, pedazo que tendría una cuarta de largo, una piel entera. Cuando al cabo de algún tiempo disminuyó este artículo, los normandos cortaron unas tiras, especie de cintas de un dedo de ancho, por las que los salvajes daban tanto ó más que antes por los trozos grandes. Igualmente demostraban los indígenas vivos deseos de cambiar las pieles por lanzas y espadas; pero Thorsfinn había tenido la previsión de prohibir terminantemente á sus gentes que accedieran á satisfacer tales deseos. También la leche era cosa sumamente apreciada por los salvajes,

En la época de mayor apogeo de este comercio, sucedió un día que uno de los toros del ganado de Karlsefni comenzó á mugir estrepitosamente, y los indígenas se asustaron por modo tal, que corriendo como locos se embarcaron en sus botes precipitadamente y por espacio de tres semanas no dieron la menor señal de su existencia.

Poco después de este suceso dió á luz Gudrid, esposa de Thorsfinn, un hijo, á quien pusieron por nombre Snorre. Este niño fué el primer blanco nacido en el Continente americano.

A principios del invierno volvieron los indígenas, pero en mayor número todavía que la vez anterior, á tal punto que sus botes semejaban dentro del mar inmenso torrente que se acercaba hacia la orilla con rapidez vertiginosa. Iban armados de largas varas ó palos, y lanzando su grito de guerra daban tales muestras de animosidad, que Thorsfinn y su gente izaron el rojo pabellón de guerra en lugar del blanco que acostumbraban en tiempo de paz. Un rudo y sangriento combate tuvo lugar entonces. Thorsfinn y sus compañeros fueron apedreados ferozmente. Los salvajes llevaban, además de las armas dichas, unas bolas muy pesadas de color azulado y de figura de una elipse, y las cuales, sujetas á unos largos palos, disparaban los indígenas contra los normandos produciendo un estruendo infernal. Este raro medio de defensa, desconocido totalmente de los normandos, produjo entre ellos tal confusión, que huyeron á lo largo del río hasta llegar á unas rocas, en cuyo lugar pusieron á la defensiva, con tanta más razón cuanto que una de las mujeres que con ellos iba, llamada Froejdisa, les echó en cara su desaliento gritándoles al verles huir: «¿Por qué huís delante de esos enclenques, vosotros que pretendéis ser guerreros tan valientes? Si yo tuviese armas combatiría con más valor y denuedo que todos vosotros.»

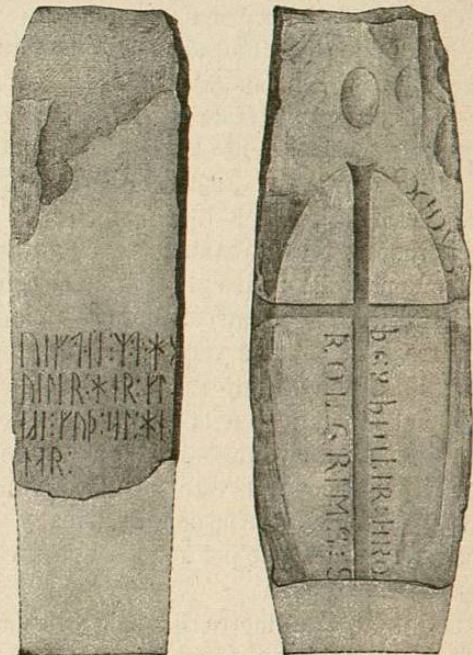
Después de esta increpación continuó el combate con el mismo encarnizamiento que antes hasta que se internaron en el bosque. Froejdisa, que estaba en cinta y se encontraba en medio de los combatientes, se apercibió á la defensa al observar que los salvajes se acercaban. Había encontrado en el bosque el cadáver de Thorbrand Snarrason, muerto de una pedrada tremenda en la cabeza, y el cual tenía á su lado la espada desenvainada. Froejdisa la cogió, y apoyó la punta sobre su desnudo pecho para darse la muerte en el instante supremo. Semejante espectáculo produjo entre los indígenas estupor y confusión tan grandes, que huyendo precipitadamente se refugiaron en sus botes y en ellos se alejaron á toda prisa. Karlsefni y su gente, no obstante hallarse casi todos heridos, sólo tuvieron dos muertos, mientras que los indígenas dejaron muchos cadáveres sobre el campo del combate.

Los normandos, comprendiendo que aquel hermoso país les ofrecía

muy pocas garantías de seguridad para continuar habitándolo, decidieron volver á Groenlandia. Con tal motivo se embarcaron, y navegando hacia el Norte á lo largo de la costa llegaron á Straumfjorder, donde desembarcaron. Desde allí fletó Thorsfinn uno de los barcos para buscar á Thorhall, pero cuantas pesquisas se hicieron fueron infructuosas, y después de un invierno poco apacible prosiguieron el viaje. En Marklandia se encontraron con cinco indígenas, que probablemente constituían una familia de skroelingeros ó esquimales, compuesta de un hombre muy barbudo, dos mujeres y dos muchachos. Los normandos se apoderaron de los cinco y se los llevaron á Groenlandia, donde fueron instruídos en el idioma, usos y costumbres del Norte y más tarde bautizados.

Por ellos supieron los colonizadores groenlandeses que los indígenas vivían en cavernas y entre los riscos, y que estaban gobernados por dos caciques, llamados el uno Avalldamon y el otro Valldida.

En el transcurso del viaje de regreso de Thorsfinn y sus compañeros de expedición, sucedió que uno de los buques fué arrastrado por vientos contrarios hasta las riscosas costas irlandesas, y habiendo tropezado contra un escollo, el barco empezó á sumergirse. Como tan sólo había un bote disponible y en él no cabía más que la mitad de la tripulación, ordenó Bjarne Grimolfson, que era el capitán, que se sortearan todos, incluso él mismo, para ver quiénes habían de embarcarse en el bote y quiénes debían resignarse á permanecer en el buque. Hiciéronlo así, y Bjarne tuvo la fortuna de que le tocara ir en el bote, y al efecto se embarcó con los demás que habían tenido la misma suerte. Pero en el instante mismo de haberse embarcado, un irlandés, desde la cubierta del buque, le gritó: «Bjarne, ¿piensas separarte de mí?» A lo que contestó el capitán que así lo quería el destino. «Pero tú prometiste á mi padre, prosiguió el primero, que no te sepa-



Lápidas sepulcrales groenlandesas con caracteres rúnicos, Dibujadas por Rodolfo Cronau, con arreglo á los originales existentes en el Museo de Copenhague.

rarías nunca de mí, y que compartiríamos la misma suerte.—Pues entonces, repuso Bjarne, puesto que veo lo mucho que te interesa asegurar tu vida, haremos otra cosa: vente tú al bote y yo volveré al barco.» Hízolo así el irlandés y se alejó en el bote con sus compañeros.

Con toda felicidad llegaron éstos á Dublín y allí hicieron la narración de cuanto queda expuesto. De la suerte que cupo á Bjarne y sus compañeros no volvió á saberse una palabra.

El buque capitaneado por Thorsfinn llegó sin percance alguno á Eriksfjord (Groenlandia).

Acerca de la vida de estos individuos posteriormente á la época á que nos referimos, tiénense las siguientes noticias:

Thorsfinn, poco después de llegar á Groenlandia, abandonó este país y se marchó á Noruega. El cargamento de su buque era tan enorme y rico, que todos estaban unánimes en asegurar que jamás buque alguno había abandonado las costas groenlandesas con tesoros tantos. En Noruega trabó amistad Thorsfinn con un comerciante de Bremen, el cual le dió por un trozo de madera veteada procedente de Finlandia medio marco de oro. En el año de 1015 se trasladó Thorsfinn á Irlanda y fijó su residencia en Skagefjord, en la parte Norte de la isla. Su hijo Snorre, nacido, como se sabe, en Finlandia, hízose cargo, á la muerte de su padre, de todas las posesiones de éste, y Gudrid, viuda de Thorsfinn y madre de Snorre, hizo una peregrinación á Roma, y al cabo de algún tiempo volvió á casa de su hijo, que por aquella época vivía en Glaumboe, donde había erigido una iglesia.

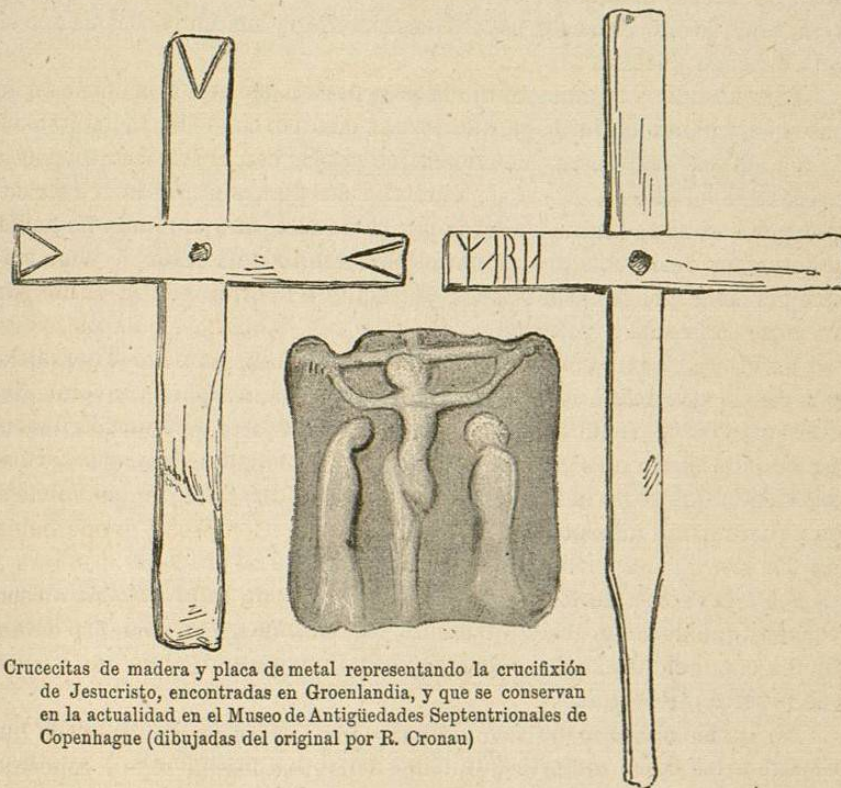
Una hija de Snorre, llamada Alfrida, fué madre del célebre obispo Thorlak Runolsson, nacido en 1085, y al que en primer término se deben las noticias que hoy se poseen acerca de los viajes realizados en la antigüedad á Finlandia.

Snorre ha sido tronco de una distinguida estirpe que ha dado á la humanidad gran número de celebridades. Una de éstas fué el tan conocido cuanto renombrado escultor Berthel Thorwaldsen, cuyas obras, que se conservan en el Museo que lleva su nombre, constituyen uno de los principales ornamentos de la ciudad de Copenhague.

VI. VIAJE DE FROEJDISA Y DE LOS HERMANOS HELGE Y FINNBOGE Á FINLANDIA

En el verano de 1011 llegó de Noruega un buque tripulado por dos hermanos llamados Helge y Finnboge, procedentes de Oestfjorden (Islandia). Al poco tiempo tuvieron ocasión de trabar amistad con Froejdisa, la que había tomado parte en la expedición de Thorsfinn Karlsefni, y fue-

ron por ella convencidos de que debían emprender en su compañía un viaje á Finlandia y repartirse entre todos equitativamente los beneficios que de él resultaran. Una vez puestos de acuerdo hicieron un convenio formal, por medio del que se comprometían á llevar consigo cada uno treinta hombres decididos, además de las mujeres que quisiesen formar parte de la expedición. Leif, hermano de Froejdisa, se ofreció por su par-



Crucecitas de madera y placa de metal representando la crucifixión de Jesucristo, encontradas en Groenlandia, y que se conservan en la actualidad en el Museo de Antigüedades Septentrionales de Copenhague (dibujadas del original por R. Cronau)

te á cederles las casas que había edificado en el tiempo que permaneció en Finlandia. Pero desde el principio violó Froejdisa el contrato llevando consigo cinco hombres más de los estipulados y á los que mantuvo ocultos en el barco hasta que llegaron á Finlandia.

El buque de los expedicionarios ancló en Leifsbudir en el año de 1012 y allí invernarón. No bien arribaron al país objeto del viaje surgieron enemistades y rencillas entre los dos hermanos y Froejdisa, pues ésta se había apropiado para ella sola las viviendas que Leif les había cedido. Al objeto de evitar disgustos mayores, los dos hermanos sacaron de las citadas casas cuantos objetos de su pertenencia en ellas tenían, y los trasla-

daron á otra que ellos mismos habían construído, situada á mayor distancia del mar y á orillas de un lago. Pero á pesar de esto siguieron de día en día aumentando los rencores y enemistades entre ambos bandos, al extremo de cesar todo género de relaciones entre unos y otros.

Dominada por la ambición de apoderarse de todos los barcos y de cuanto los dos hermanos poseían, concibió Froejdisa poner en juego un plan tan astuto como bien urdido. Una mañana abandonó el lecho muy temprano, se envolvió en el capote de su marido y marchó descalza á casa de Finnboge y Helge.

Cuando hubo llegado empujó la puerta, ésta se abrió, penetró en la casa, y llamando á Finnboge, que dormía en un extremo de la habitación, le rogó que se levantara, pues tenía que hablar con él. En cuanto éste se presentó á su vista le interrogó acerca de sus planes presentes y futuros, y luego le rogó cambiase su barco por el de ella, que era más pequeño, pues estaba decidida á abandonar el país. Finnboge accedió á ello, más que por nada por hacer las paces, y después de terminada la entrevista volvióse cada cual á su cabaña.

Ya Froejdisa en la suya, despertó á su marido, llamado Thorvardo, y le refirió que había ido á ver á los dos hermanos para convenir con ellos amistosa y pacíficamente el cambio de buques; pero que la habían tratado del modo más inicuo, golpeándola y maltratándola cruelmente, añadiendo que si no la vengaba á completa satisfacción, le abandonaba en aquel mismo instante.

Thorvardo despertó á sus hombres, les dió la orden de armarse, y puesto á la cabeza de ellos salió al campo; cayó de improviso sobre sus vecinos, que dormían tranquilamente, los encadenó, y en esta disposición fueron conducidos al campo de Froejdisa, donde ésta mandó que les diesen muerte uno á uno.

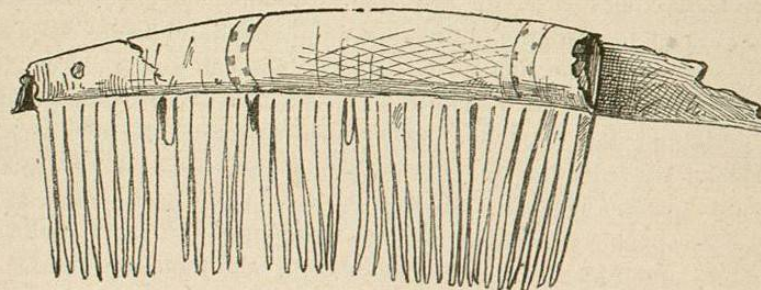
No quiso ninguno de los hombres de Thorvardo prestarse á dar muerte á las cinco mujeres que había entre los prisioneros. Y entonces la sanguinaria Froejdisa pidió un hacha y por su propia mano las mató, quedándose contemplando á sus víctimas hasta que las vió exhalar el último suspiro. Realizada esta horrorosa y sangrienta hecatombe, volvióse tranquilamente á su cabaña sin la menor demostración de que experimentara el más leve asomo de remordimiento.

En el año de 1013 volvió Froejdisa á Groenlandia con sus gentes, llevando un cargamento riquísimo. La travesía fué tan feliz, que en los comienzos del verano llegaron á Eriksfjord. Froejdisa había recompensado con gran largueza á sus compañeros de expedición para que no divulgasen sus sangrientas hazañas, amenazándoles de muerte si obraban en contrario.

Esto no obstante el crimen no quedó oculto, pues habiendo llegado á oídos de Leif algunos rumores, mandó prender y atormentar á dos de los secuaces de su hermana, y éstos confesaron la verdad en toda su horrible desnudez. Entonces Leif pronunció estas palabras:

No puedo castigar á mi hermana como se merece, pero tengo la seguridad de que su crimen será castigado en sus descendientes.

De los manuscritos islandeses antiguos dedúcese que posteriormente se realizaron otras expediciones desde Groenlandia á Finlandia; pero las



Antigua peineta de madera encontrada en Groenlandia y que en la actualidad se conserva en el Museo de Antigüedades Septentrionales de Copenhague

noticias que acerca de ellas se poseen son por demás vagas para poder formarse una idea concreta sobre el particular.

Según parece, en el año de 1059 un sacerdote de origen islandés, ó anglo-sajón, llamado John, trasladóse desde Islandia á Finlandia con el objeto de predicar la palabra de Dios entre los colonizadores de aquellas tierras; pero, según refiere la tradición, fué muerto á manos de los herejes. Lo que se sabe con toda seguridad y certeza, es que en el año de 1121 el obispo Erico Gnupron, de Groenlandia, emprendió un viaje á Finlandia, adonde llegó felizmente, y de este viaje dedúcese casi con seguridad que ha existido una gran colonia de normandos en aquel país. El último viaje realizado á Finlandia desde Groenlandia de que se tienen noticias tuvo efecto en el año de 1347, y fué motivado con el objeto de llevar desde Marklandia un cargamento de maderas de construcción. Componían la tripulación diez y siete hombres, y en el viaje de retorno fué el barco arrojado á consecuencia de un temporal á las costas de Islandia, llegando á Straumfjord (Westislandia) después de haber experimentado la pérdida de todas las anclas.

Acercas de las colonias noruegas de Groenlandia, sábese que dependían de la madre patria y que pagaban tributo á los reyes de Noruega, el cual tributo, según una antigua crónica noruega, negáronse á pagar los colo-

nizadores en el año de 1256. Con tal motivo, Erico, rey de Dinamarca, á instancias del rey Magnus, con quien estaba emparentado, fletó una escuadra, al objeto de reclamar por la fuerza la satisfacción del tributo.

Ante el aspecto imponente que la escuadra ofrecía, que se presentó en las costas groenlandesas en el año de 1261, atemorizáronse por modo tal los colonizadores, que además de pagar lo que se les reclamaba pidieron perdón humildemente y dieron todo género de satisfacciones para conservar la paz.

Desde entonces la situación económica de las colonias fué empeorando de día en día, pues si en un principio la dominación que sobre ellas ejercía Noruega era un gran obstáculo á su desarrollo, el hecho de que la reina Margarita las anexionase á Europa y reuniese en una las coronas de Noruega y de Dinamarca, precipitó su decadencia. A los colonizadores fuéles prohibido, bajo pena de muerte, que se acercasen con sus barcos á las costas de Groenlandia, sin duda por temor á una sublevación ó que se negasen de nuevo á pagar los tributos. Por eso cuando en 1389 fueron en dichas costas hechos prisioneros algunos navegantes, por la sospecha de que habían quebrantado la prohibición regia, sólo pudieron librarse de una muerte segura después de sufrir todo género de interrogatorios y molestias, y de jurar por lo más sagrado que habían sido arrojados hasta allí por una tempestad.

«El peligro, así dice una crónica dinamarquesa (informe acerca de Groenlandia sacado de dos crónicas de Enrique Sievers, Hamburgo, 1674), de que se habían librado milagrosamente aquellos marineros, y además las órdenes severísimas que volvieron á darse con respecto á la prohibición de ir á Groenlandia, infundió tal miedo á los navegantes, que desde entonces no hubo comerciante ni marinero que se atreviese á acercarse á las dichas costas. La reina mandó algún tiempo después varios buques á aquel país; pero no ha vuelto á saberse una sola palabra acerca de la suerte que les cupo, siendo la creencia más general que se fueron á pique, á cuya circunstancia se debe que los marinos noruegos, atemorizados, no quieran exponer su vida en aquellos mares. La reina, que está en guerra con Suecia, tampoco les ha obligado á ir ni hace caso alguno de Groenlandia.»

A tan desagradables sucesos agregáronse otras no menos perjudiciales circunstancias. El tráfico fué interrumpido sensiblemente á causa de la piratería que por aquellas aguas ejercían los ingleses, al extremo de que en el año de 1418 gran número de barcos corsarios asaltaron á Eystribygd, destruyendo y asolando gran parte de esta región, ante cuyo hecho fué abandonada Vestribygd por los esquimales, temerosos de ser víctimas de un ataque semejante.

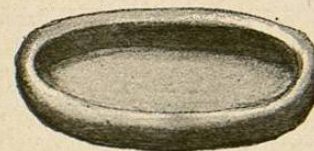
A lo largo de la costa vinieron del Norte grandes témpanos de hielo, en tal abundancia que imposibilitaron desembarcar en ella, viéndose obligado el obispo de Drontheim (que era el décimoséptimo y último), que en el año de 1408 quiso hacer un viaje á Groenlandia, á regresar al punto de partida. Además de todos estos azotes, fué tan crudo el invierno del año de 1423, que el hambre y la peste se enseñorearon de todo el país. Hay quien supone que á esto fué debida la muerte de los colonizadores de Groenlandia, lo cual es muy posible; pero también es probable que, una vez interrumpida toda comunicación entre ellos y el mundo exterior, se mezclasen con los esquimales, confundiéndose con ellos completamente. Esta última versión, propalada por Nordenskiöld, parece confirmada por una Memoria sacada por Finn Magnusen de un manuscrito latino original del obispo Gissle Oddson, que vivía en Skalholt (Islandia) en la primera mitad del siglo XVII, y redactado con ayuda de la colección del archivo de aquella ciudad.



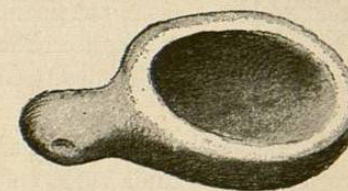
Piedra para sumergir las redes

La mencionada Memoria dice así:

«En el año de 1342 los habitantes de Groenlandia se apartaron de la verdadera fe del cristianismo, y echando al olvido toda virtud y honradez se unieron con los americanos. Créese que Groenlandia está muy próxima á los países del Oeste. Por esta razón se han retraído los cristianos de hacer viajes á Groenlandia.»



Fuentecilla de metal de campana



Fuentecilla de metal de campana

No obstante hallarse cortadas toda clase de relaciones con Groenlandia y dados á olvido tanto este país como los importantes descubrimientos realizados por los normandos en el Continente americano, conservóse el nombre y hasta una idea aproximada de la configuración de aquella comarca á través de toda la Edad media. Por eso se encuentra todavía á Groenlandia en el mapa manuscrito de Claudio Clavus, hecho en el año de 1427 y encontrado por Nordenskiöld en la Biblioteca de la ciudad de Nancy (1). En dicho mapa se ve al Oeste de Islandia (que ofrece la forma

(1) Reproducido en facsímile en los *Estudios de Nordenskiöld*, página 64.